

PEDRO JORGE GUTZOS

20 de marzo de 1976

Ese domingo 16 de agosto de 1936, la ceremonia de colocación de la piedra fundamental de la sede de la Colectividad Helénica Platón y de la primera Iglesia Ortodoxa Griega del país y Latinoamérica, se constituyó en un hito en la vida institucional de la pujante comunidad de Berisso. No faltó nadie a la cita. Estaban presentes el delegado municipal, el comisario del pueblo, el cónsul de Grecia Panós Morozinis, todas las familias de la numerosa diáspora griega asentadas en Berisso, y referentes de otras colectividades arraigadas en la futura capital provincial del inmigrante. En brazos de Athanasio Gutzos y Sofía Petridis estaba el pequeño Pedro, hijo del matrimonio, formando parte involuntaria de un acontecimiento inolvidable. Ese mediodía los asistentes compartieron unas ricas *throumba, tupi, toursia*¹, un gran asado con vino de la costa, ouzo, refrescos para las damas, y a los postres se entregaron medallas conmemorativas.

Pedro Gutzos creció y se formó entre esas paredes que daban cobijo a los sueños colectivos de sus paisanos, de su tierra de origen. Aprendió el idioma, que llegó a manejar con fluidez y naturalidad, las costumbres, los rituales y particularmente las danzas tradicionales, que

1 Aceitunas, queso y pepinillos.

ejecutaba con soltura dando rienda a sus dotes y habilidades de gran bailarín. Cada 25 de marzo, día de la independencia griega, Pedro era protagonista de una auténtica fiesta de encuentro de sabores, aromas, colores, relatos, música y bailes. La noche lo sorprendía en un cruce de *tsamikos*, tangos y *kalamatianos*. La colectividad griega, como en cada una de las otras colectividades, era también el ámbito donde se iniciaban noviazgos, o donde se reescribían nuevas versiones de viejos dramas, desencuentros, pasiones y tragedias.

Su hija Mónica relata que *“... a principios de los 60 mi papá conoció a Sara Hayime, mi mamá, que estaba separada y con dos chicos, mis hermanos de 3 y 5 años. Después de un breve noviazgo se fueron a vivir juntos. Para mis abuelos, apegados a la tradición, esa decisión fue inaceptable. Imaginaban otra pareja para su hijo. Encima a mi vieja le decían ‘Turca’, era descendiente de libaneses, árabes que fueron invadidos igual que los griegos por el Imperio Otomano. Los inmigrantes viajaban con pasaporte de Turquía y acá, aunque no tuvieran nada que ver con ellos, les decían ‘turcos’. Ahora esas cosas causan risa, pero en esa época era terrible, mirá lo que duró el enojo que mis abuelos me conocieron recién cuando cumplí 5 años. En esa etapa de su vida quería cambiar de actividad, llevaba años realizando el reparto de golosinas familiar que dejó para trabajar en el puerto. Mi viejo tenía la hora incorporada al cuerpo, se levantaba a las 4 de la mañana, tomaba unos mates, se subía a su moto y se iba al laburo. A la tarde cuando regresaba, repetía el ritual del mate, leía un rato, le gustaban las novelas, escuchaba música en el tocadiscos y como todo hijo de inmigrantes rumbeaba para el fondo de la casa, donde preparaba la quinta de verduras. Era muy ingenioso, para cortar el pasto había inventado una máquina con un motorcito y como carcasa le puso una lata de dulce de batata. Ya de grande, estudió electricidad en el Instituto Profesional Popular que había creado el padre Pascual Ruberto en la Escuela N°4, pegado a la parroquia San José del Barrio Obrero. Vivíamos cerca, en la casa 26 de la Manzana 8. Su título de técnico le facilitó en 1970 ingresar al Astillero, en el sector de instalaciones eléctricas para barcos. Al poco tiempo vendió la moto y compró un Chevrolet modelo 51. Cuando salíamos a pasear, si veía algún conocido tocaba bocina, lo saludaban todos, estaba muy contento, andaba con su auto como si fuera un último modelo. Compañeros de su trabajo lo recuerdan como una persona espectacular, muy tranquilo, cuando lo eligieron delegado por la Lista Celeste, siempre iba de frente, no le gustaba imponer las cosas trataba de convencer, parece que mi papá hablaba mucho y lo seguía mucha gente”*.

Raúl Benisola, integrante del grupo “Los sobrevivientes del 76 en Astilleros”, se inició en la actividad gremial de la mano de Pedro. *“Yo tenía 22 años, trabajaba en el sector de gradas en mantenimiento eléctrico, pasaba cables en un espacio muy chico, con poco oxígeno, en verano hacía mucho calor, en invierno mucho frío, una tarea insalubre por la que cumplíamos 6 horas. Mi salida coincidía con el horario del comedor, en uno de esos días me lo crucé de casualidad y nos pusimos a conversar, lo conocía de cuando trabajamos en el alistamiento del buque ‘Ciudad de Ensenada’ o ‘Ciudad de Berisso’ no recuerdo bien cuál de los dos fue, lo puntual es que en un momento me dice ‘pibe, vos tenés que venir a trabajar a bordo y si te parece venís a laburar conmigo en el tablero principal, cambiando lamparitas y poniendo enchufes no vas a ir a ningún lado, te voy a enseñar el oficio, además necesito que me des una mano en lo político, deja de vagear y vení a trabajar conmigo’.* Los primeros días de marzo estaba de vuelta a bordo, dispuesto a formarme en el oficio y con los ojos bien abiertos a lo que sucedía gremialmente, nos veíamos todos los días. Iba mucho al tablero principal, miraba como realizaba el trabajo, preguntaba y discutíamos la tarea gremial, de esa manera hice dos

cursos intensivos, en el oficio y en el gremialismo. La relación obviamente no era ni podía ser exclusiva, estaban quienes lo conocían desde años, pero sin duda los más jóvenes, los de la última camada, éramos los que lo respetábamos por ser una referencia, un tipo siempre dispuesto a escuchar y compartir con aquellos que no teníamos experiencia ni trayectoria; orientando y corrigiendo nuestras urgencias. Para mí fue un compañero de mucha confianza y consulta permanente, con solo mirarnos sabíamos lo que pensaba o iba hacer el otro. La burocracia de ATE Ensenada con la patronal nos hostigaba permanentemente y trabajaban sobre nuestras diferencias, pero a fines del año 74 y principios del 75, logramos coordinar entre varios grupos que estábamos diseminados en varios sectores, y vencer en las elecciones de delegados a los candidatos de la oficialista Azul y Blanca por más del 70% de los votos”.

Los acontecimientos previos a ese triunfo se fueron construyendo sin prisa pero sin pausa. Los trabajadores del Astillero, atravesados por una situación económica complicada, consideraron que un aumento salarial era necesario y también prioritario avanzar en la firma del convenio colectivo. Una duda recorría los talleres: quiénes, cómo y cuándo iban a comenzar las discusiones con la patronal sobre las condiciones laborales y económicas de todo el personal.

En esa época las asambleas generales, por disposición de la empresa se realizaban fuera del horario laboral y fuera del establecimiento, lo cual facilitaba el control del sindicato. A esas reuniones no concurría más del 35% de los afiliados, así que el gremio, moviendo su aparato, imponía sus posturas con comodidad. Benisola relató que “... en esos días todo era muy dinámico, había que elegir los representantes paritarios para discutir el convenio colectivo de trabajo y el gremio llama a una asamblea general para elegir mediante el voto secreto y por lista completa los delegados. Nosotros propusimos elegir la lista por sector, pese a haber crecido el número de concurrentes, el sindicato volvió a imponer su mayoría aprobando la elección por lista completa. Al otro día con mucha bronca con los que no habían concurrido, comenzó a crecer la idea de terminar con la dispersión, con la división que solo servía al oficialismo. Fueron días de intensas reuniones. Pedro tenía afinidad con las corrientes políticas más luchadoras, planteaba la necesidad de la unidad en la diversidad y se autodefinía como independiente. En ese contexto llegamos a la conclusión que era el dirigente indicado para llevar adelante la postura de unidad gremial por sobre los intereses partidarios. Fue escuchado y avanzamos con una lista encabezada por un triunvirato que serían los paritarios y dos representantes por sector. La Lista UNIDAD llevó en primer término a Luciano Sander, Silvio Marotte y Oscar Flammini, y como representantes pre paritarios del sector alistamiento eléctrico, a Pedro y Luis Ricardo Córdoba. El 24 de enero se realizaron las elecciones para elegir a los representantes que iban a discutir el futuro convenio y la mayoría de los trabajadores dio su apoyo a este agrupamiento compuesto mayoritariamente por militantes de la JTP (Juventud Trabajadora Peronista) y del PC (Partido Comunista). A partir del triunfo, el manejo dentro de la fábrica pasó a ser trascendental para los laburantes, al gremio le costaba mucho contener con sus propuestas y pese a su empeño no lograba revertir las iniciativas de la base, que desde todos los sectores le hacían sentir su rechazo y descreimiento. Pedro y Córdoba ya delegados pre paritarios, con el resto de los electos, participaban en las distintas comisiones para mejorar las condiciones laborales, conseguir insumos, condiciones de seguridad, las categorías, todo lo necesario para que funcione un sector donde cumplían tareas más de 700 operarios. Las reuniones se realizaban en Capital Federal, como ellos viajaban temprano nos reuníamos una hora antes del ingreso, me pasaban la información para transmitir los avances o diferencias

en la negociación. Todo se resolvía en la asamblea que el gremio organizaba fuera del horario laboral y de la fábrica, siempre nos madrugaron con ese tema, por eso debíamos lograr que las asambleas generales se realizarán dentro de la empresa, donde radicaba nuestra mayor fortaleza para lograr la aprobación del convenio que se estaba elaborando en la paritaria. El gremio miraba para otro lado y se amparaba en la negativa de la empresa y la Armada. Un mediodía luego del almuerzo nos auto convocamos sobre el muelle de alistamiento, debajo de la grúa de 250 toneladas, reclamando la presencia del sindicato para realizar una asamblea general. Allí resolvimos por unanimidad no retomar tareas hasta que viniera la conducción y legitimara la asamblea. Al otro día alrededor de las 14:00 la empresa y la Armada accedieron, y desde ese histórico día las asambleas generales previa incorporación al convenio, se realizan dentro del Astillero en horario laboral. El convenio colectivo de trabajo que se aprobó en aquella negociación paritaria, fue un logro de aquellos tiempos conseguido por muchos de los que hoy son desaparecidos y sobrevivientes. Aquella negociación fue tan importante que aún sigue vigente”.

Raúl Benisola continuó relatando: “Ese mismo año lo ayudé en la elección por la conducción del gremio, iba como candidato a secretario general adjunto de la Lista Celeste que encabezaba Silvio Marotte. La unidad alcanzada en la elección de las paritarias no se pudo mantener. El día de los comicios, la lista Azul y Blanca que proponía al oficialista Juan Carlos Marín, perdió en la planta. Pero con el apoyo de jubilados, afiliados de sectores no vinculados al Astillero, como eran los auxiliares de escuela, hospital y los empleados del municipio que en esa época eran afiliados, pudo retener la seccional de ATE Ensenada. La tercera lista fue la Gris, que llevaba como candidato a secretario general a Eduardo Cabrera”.

En noviembre de 1975, un autotitulado “Comando Restaurador Nacional Justicialista Brigada La Plata” repartió un volante en el interior de la planta, con una redacción intimidante dirigida explícitamente “... a los Troskos, Montos y Bolches del ARS y Propulsora: (Pedro) Niselsky, (Oscar) Flamini, (Silvio) Marotte, Mazueco, (Pedro) Gutzos, Mendoza, Matilde Itzigsohn, Carmen Miranda, Cabrera, De Charras y Carlitos Díaz, Ávila, Pachini



y Rave (que volvió), todos serán ajusticiados si por culpa de ellos sigue cerrada la fuente de trabajo o son despedidos compañeros obreros". A pesar de las amenazas Pedro y Luis Córdoba, delegados del sector, continuaban luchando junto a sus compañeros contra el vaciamiento del ARS y la creciente militarización de la fábrica.

El 5 de marzo de 1976, en un discurso transmitido por cadena nacional de radio y televisión, el Ministro de Economía Emilio Mondelli anunció el "Plan de Emergencia Económica", que entre sus principales medidas anunciaba aumentos en los combustibles, servicios públicos y transporte de hasta el 150%, una devaluación del peso del 22%, un incremento salarial del 12%, e imponía una "tregua social" de 180 días durante la cual los diferentes sectores debían postergar todos los reclamos. El anuncio estaba alejado de lo que siempre sostuvo el peronismo en materia económica, no difería, del que con poca fortuna había procurado instrumentar Celestino Rodrigo, ni de lo que aplicó Martínez de Hoz después del golpe. El conjunto de medidas generó una nueva oleada de protestas. En el Astillero, con un acatamiento total, pararon 48 horas. "La Coordinadora de sindicatos, comisiones internas y delegados en lucha"¹ de la región, se sumó a la convocatoria de recomposición salarial y denunció el inminente golpe de Estado que se estaba gestando. El 18 de marzo de 1976, los trabajadores iniciaron un paro por tiempo indeterminado. Ese día las autoridades civiles y militares del Astillero decidieron el cierre de la planta hasta nuevo aviso. Estaban al tanto de que los días más nefastos en la historia de nuestro país estaban por llegar. Al día siguiente fueron secuestrados y asesinados Fortunato Agustín Andreucci, vecino de Ensenada que en sus horas libres era vendedor ambulante, poeta y murguero; José Luis Lucero, de Villa Nueva, y Pedro Gutzos. Todos integrantes de la Agrupación Celeste, los cuerpos de los tres fueron encontrados acibillados en la localidad de Abasto.

Su hija Mónica iba a cumplir 14 años "... en ese momento no entendía porque se lo llevaron, ni las cosas que estaban pasando en el país. A mi casa venía mucha gente, muchos venían a ofrecerle a mi papá lugares para irse. Yo no sabía por qué se tenía que ir. En una de esas visitas me enteré que empezaba a desaparecer gente. Tampoco sabía por qué desaparecían, ahora los jóvenes están más interiorizados de las cosas que pasan (...) yo no preguntaba, escuchaba y callaba. Un día vino uno de mis tíos, a decirle que había escuchado el rumor de que algo iba a pasar con él, también recuerdo que mi mamá iba en un colectivo de la Línea 202 y escuchó que 'al Griego lo iban a hacer boleta', sin saber que ese griego era su pareja. Mi papá estaba seguro con lo que estaba haciendo, decía que no estaba metido en nada que fuera contra la ley y que no era ningún delincuente para irse. Una noche escuchamos golpes en la puerta. Mi papá se levanta de dormir y cuando mira por una ventanita chica de la puerta, le pegan el grito 'abrí, hijo de puta'. Mi mamá le pide que no abra porque presentía lo que iba a suceder. Mi papá no le hace caso y abre, saluda a una persona que conocía, supongo que era el entregador. Había varios autos Ford Falcon en la calle, ingresan siete u ocho tipos armados, lo empujan adentro, van a los dormitorios, mi mamá tiene un ataque de nervios, preguntaba dónde se lo llevan, qué iban a hacer con él, quién los iba a ayudar. Y esa gente le decía que Montoneros

1 "La Coordinadora" unía territorialmente a las comisiones internas y cuerpos de delegados, y se transformó en un organismo democrático que desafiaba el control burocrático de los sindicatos. Entre otros sectores, reunía a los trabajadores de Petroquímica Sudamericana, actualmente Mafissa, delegados de Petroquímica Mosconi pertenecientes a la UOCRA, la Comisión Interna del Hospital de Gonnet, delegados y agrupaciones combativas del Frigorífico Swift de la ciudad de Berisso, metalúrgicos de Siap y Kaiser Aluminio, y a los trabajadores no docentes agremiados en la Asociación de Trabajadores de la Universidad de La Plata (ATULP).

nos iba a ayudar, que nos ayuden los del ERP, la golpean y se desmaya. Prenden la luz de mi pieza, me apuntan con un arma, piden que me quede tranquila, que me tape con una cobija. Buscaban algo que delatara que mi viejo era comunista o socialista, algo que justificara lo que estaban haciendo. Preguntan por las armas, por los libros, y mi papá les retruca: '¿Está prohibido leer? yo leo de todo, los libros están para ser leídos'. Al recobrar el conocimiento mi mamá observa que la casa está revuelta, el ropero vacío, se habían robado todo lo que podía servirles, un reloj, un paraguas, unas medallitas de oro y algo de dinero. Cuando se quieren llevar a mi papá que estaba en ropa interior, les manifiesta que así como está no sale, lo dejan vestirse, se pone un pantalón, una camisa, se peina, pidió permiso para llevarse un pañuelo y les dijo que estaba listo. Entonces le indican que se despidan de su esposa y de sus hijos. Le da un beso a mi hermano, a mí, la abraza a mi mamá y le da un beso con tanta fuerza en el cuello, que le quedó marcado varios días. Se ve que sabía lo que iba a suceder. Mi papá cierra la puerta del dormitorio donde estábamos todos, mi mamá gritaba y golpeaba la puerta, uno de los hombres armados se da vuelta y abre, en ese momento mi papá se interpone y le dice 'lo que viniste a buscar ya lo tenés, pero esperá, tengo algo para ustedes'. Buscó una escopeta que usaba para cazar y se la entregó. Después de eso salieron y escuchamos que uno de ellos mencionaba que había que volver a la casa del Hermano. En ese momento no entendimos. Le avisamos a mi tío que vivía al lado, y con mi hermano fueron a realizar la denuncia. La comisaría parecía cerrada, evidentemente tenían orden de no recibir ninguna denuncia, nunca quedó asentado el hecho ni vinieron a mi casa. Al mediodía ya sabíamos lo que había sucedido, lo encontraron acribillado por la espalda en Abasto en la Ruta provincial 36 y avenida 520, junto a sus dos compañeros. Después de lo que pasó, nuestra vida fue un desastre, mi mamá padecía un problema visual y no podía trabajar en ningún lado. Fuimos a vivir a la entrada de la Playa Municipal, en una casa con un negocio adelante, un boliche de campo, era la casa de un tío. Hasta que mi mamá pudo cobrar la pensión y volvimos a casa. Fue bastante duro para nosotros, para mis abuelos que vinieron huyendo de las guerras europeas, llegar acá donde nacieron sus hijos y cuando sucedió lo que sucedió, los destrozó, nunca pudieron superarlo".

El Hermano al que se refería Mónica en su relato de la noche del secuestro de su padre, era el apodo que recibía Luis Ricardo Córdoba, por profesar la fe cristiana evangélica, quien aportó las vivencias de aquel día: "Esa noche, con mi esposa escuchamos la llegada de varios autos hasta el frente de nuestra casa en 158 entre 15 y 16 y la discusión mantenida entre ellos debatiendo si debían entrar o no (...) creo que fue la protección de Dios que no quiso que me llevaran en ese momento (...) esa madrugada vimos por la ventana cómo se fueron, (...) entre los que estaban identificamos a Carlos el Indio Castillo y al Pipi Pomares". En las primeras horas del 24 de marzo, ya consumado el golpe, Córdoba fue secuestrado por la Armada, trasladado a varios centros clandestinos de detención donde fue torturado, hasta que finalmente fue "blanqueado" como preso político en la Unidad N°9. Allí se encontró con Castillo y Pomares, ambos presos por robo como excusa pública, pero esencialmente detenidos porque sus métodos ya no les servían a los militares. "Castillo y Pomares me buscaban para hablar, en un momento me confesaron el crimen de Pedro y el Pipi me muestra un reloj, lo golpea con el índice de la mano derecha y dice: 'este es el reloj de Pedro Gutzos y también tengo la escopeta'. Cuando salgo en libertad, su hija Mónica me brindó los detalles de la denuncia por el asesinato de su padre, y entre las cosas que le habían robado estaban el reloj y la escopeta". Córdoba definió con palabras lo que significó: "No se puede tapar el sol con las manos, es tan evidente el genocidio que hicieron, destrozaron familias, proyectos de

vida, se apropiaron de casas, la gente se exilió o se escondió. No existe otra salida para esto que conocer toda la verdad”.

Mónica, la hija de Pedro Gutzos, concluyó su relato sintetizando desde su propio dolor y desde sus propias heridas, el sentido del plan sistemático de exterminio e implementación del terror: *“Yo perdí a un padre ejemplar que no pudo enseñarme a hablar griego como él quería, pero los que mataron a mi papá sabían muy bien lo que hacían, se llevaron a los que hoy podrían ser los dirigentes políticos (...) yo perdí mi papá, pero todos perdimos a un líder, un ser excepcional que no iba a defraudar a nadie, alguien que lucharía por los derechos colectivos, un hombre justo que no se vendería ante nada ni nadie”.*